

Pablo llama á la Iglesia encargada de este santo ministerio, asistida siempre del Espíritu Santo, é infalible en sus decretos, *la columna y la base de la verdad*¹.

¹ I Tim. III, 15.

CAPÍTULO IV.

VIDA CRISTIANA.—CULTO.—DISCIPLINA ECLESIASTICA.

Se conocerá que sois mis discípulos en que os améis los unos á los otros.

Juan, XIII, 35.

Arnold, Caridad primitiva, ó cuadro de la cristiandad primitiva.

Francf. 1696.

§ LV.

La vida cristiana.

La iniciacion en la vida cristiana se practicaba por medio del Bautismo que se operaba con la inmersión del catecúmeno¹, imponiéndole despues las manos los Apóstoles, lo cual era el signo y el sello de los dones del Espíritu Santo. Una vez elevados, de este modo², á la dignidad de Cristianos, es decir, de adoradores é imitadores de Jesucristo, los nuevos miembros de la Iglesia debían separarse completamente de la vida criminal de los Paganos, y mostrarse en todo, así por los sentimientos como por las acciones, *hombres nuevos, santos (aghioi)*. Conformándose la Iglesia cristiana al tipo ideal propuesto por su Fundador, no debía recibir ni guardar en su seno ninguna alma impura; todos sus miembros debían ser vasos dignos del Espíritu Santo³; todos ellos, siguiendo la doctrina del Maestro, debían unirse entre sí por el vínculo íntimo y duradero de la caridad fraterna. La Igle-

¹ Rom. VI, 4.

² Act. VIII, 14.

³ I Cor. V, 9; cf. II Tes. II, 6.

sia primitiva de Jerusalem llevó esta caridad á su perfeccion, realizando el atrevido pensamiento de la comunidad de bienes ¹. Sin embargo, esta imitacion santa de la union perfecta de Jesucristo con sus Apóstoles fue solo temporal y local, quedando como un monumento eterno del poder del Cristianismo sobre los espíritus ². Otras iglesias probaron su caridad para con los hermanos ausentes, sosteniéndolos por medio de limosnas de que hacen mencion frecuentemente las epístolas de los Apóstoles: otras practicaron tambien una hospitalidad cordial y afectuosa; otras, en fin, fueron las antorchas de su época y la luz de los siglos futuros por la paciencia inalterable con que soportaron el desprecio y las persecuciones; por la fe viva, la confianza filial y el profundo entusiasmo con que dirigieron sus miradas y sus esperanzas hácia las cosas eternas ³. El matrimonio, comprendido tan mal por los Paganos, era para los Cristianos el simbolo de la union de Cristo con su Iglesia ⁴: por lo mismo le consideraban indisoluble, sin que esto impidiese que se tributasen á la virginidad los honores debidos ⁵.

La Iglesia, sin embargo, nos ofrece desde los tiempos apostólicos miembros gangrenados, hombres indignos del nombre de Cristianos: estos son aquellos á quienes aluden los Apóstoles en las diversas advertencias que contienen sus epístolas. Mientras que la Iglesia de Jerusalem no tenia mas que un corazon y un alma, se encontraba desgarrada la de Corinto por deplorables desórdenes ⁶. Lo que detenía especialmente el progreso de la moralidad, era por un lado la

¹ Act. II, 44; IV, 33.

² *Moshemii* Commentat. de vera natura communionis bonor. in Ecclesia Hierosolym. (Ejusd. Dissertat. ad Hist. eccl. pertin. V, II, p. 23. Alton. 1743).

³ Los Apóstoles consideran frecuentemente como uno de los mas grandes beneficios del Evangelio la doctrina de la inmortalidad del alma, enseñada por Jesucristo (II Tim. I, 10; cf. Juan II, 23, 26), lo cual justifican perfectamente las opiniones anteriores al Cristianismo. ¡Cuán pocos de entre los filósofos de la Grecia creyeron en esta inmortalidad! Con todo, el germen de una esperanza inmortal floreció en la doctrina noble y pura de Sócrates. Nada, decia este sabio, debe ser caro para conquistar la inmortalidad; pues es bello combatir, y dulce esperar. *Stolberg*, t. VI.

⁴ I Ef. V, 32; I Cor. VII, 11.

⁵ I Cor. VII.

⁶ Act. IV, 32.

falsa opinion de los Cristianos nacidos judíos, de que era necesario seguir observando la ley de Moisés, y por otro la falsa interpretacion de la doctrina de san Pablo sobre la justificacion por medio de la fe sin necesidad de las obras, á fin de justificar la inmoralidad y la licencia ¹. Tambien se interpretaba torcidamente el anuncio de la venida espiritual de Cristo y de su manifestacion gloriosa ², la cual era representada como un suceso muy cercano; resultando de aqui consecuencias lamentables para la vida religiosa de los Cristianos ³.

§ LVI.

Asambleas religiosas. — Culto.

Mientras que los Cristianos nacidos judíos continuaban frecuentando el templo de Jerusalem, se habian formado asambleas religiosas, que eran respecto de la Iglesia lo que las sinagogas respecto del templo ⁴. Los Cristianos se edificaban mutuamente por medio de la *oracion*, en la cual se hacia siempre memoria de los hermanos ausentes y difuntos; por medio de la *lectura* de los pasajes del Antiguo Testamento, y mas adelante por la de las epístolas apostólicas ⁵ y por medio del canto de los Salmos ⁶, y tal vez de himnos cristianos compuestos ya en aquella época ⁷. Tambien se daban *instrucciones* sobre el texto leído, no siendo solamente los Obispos y los sacerdotes los que hablaban, pues muchos de ellos eran incapaces de enseñar ⁸; sino tambien simples fieles inspirados por el Espíritu Santo y autorizados por el consentimiento de los superiores.

¹ Ep. de Santiago.

² Mat. X, 23; XXIV; XXVIII, 20; Juan XIV, 18, 21, 23.

³ Tes. III, 11.

⁴ Rom. XVI, 4; I Cor. XVI, 19; Col. IV, 13.

⁵ Col. IV, 16; I Tes. V, 27.

⁶ Col. III, 16; Ef. V, 19.

⁷ Ef. V, 14; I Tim. III, 16. Plinio habla tambien de esto mismo con admiracion. Epp. I. X, ep. 97: «*Carmenque Christo tanquam Deo, dicere secum invicem, seque sacramento non in scelus aliquod obstringere, sed ne furta, ne latrocinia, ne adulteria committerent, ne fidem fallerent, ne depositum appellati abnegarent, etc.*»

⁸ Cf. I Tim. V, 17.

Entonces se manifestaban los diversos dones del Espíritu Santo, los dones de sabiduría, ciencia, profecía, discernimiento de los espíritus, lenguas¹, interpretación de lenguas² y el mismo don de milagros, que no estaba limitado á solos los Apóstoles. Pero á lo que mas particularmente debían tender los esfuerzos de los Cristianos, era á obtener el don de la caridad³. El objeto principal de aquellas reuniones diarias, y lo que constituía su fundamento y su vida, era la solemnidad de la cena y de la fracción del pan en memoria de la muerte de Jesucristo, la que se celebraba desde un principio como el mismo Jesucristo lo hizo en la última cena, añadiendo una *ágapa*, que era una comida de caridad⁴. Desgraciadamente se cometieron desde los primeros tiempos culpables excesos durante estas piadosas solemnidades⁵.

Los enfermos que no podían tomar parte en estas reuniones religiosas debían llamar á los sacerdotes para que les suministrasen la Unción santa, y si se sentían cargados de pecados, debían confesarlos para recibir el perdón de ellos⁶.

Uno de los rasgos mas característicos de semejantes reuniones religiosas, de las que san Justino mártir⁷ ha sido el primero que nos ha dado una sucinta descripción, era el *beso de paz*⁸ que se daban los Cristianos saludándose fraternalmente despues de la oración.

¹ A pesar de los esfuerzos que se han hecho en estos últimos tiempos para explicar este don de lenguas de una manera diferente de la de los antiguos, que comprendían por esto «hablar lenguas extranjeras» (*Bleek*, en sus Estudios y Crit. 1839, I; *Billroth*, Coment. sobre las Ep. á los Corint. p. 166. Leips. 1833; *Neander*, «La lengua nueva de la inspiración cristiana,» en su Historia del Est. etc. t. I, p. 10; *Olshauzen*, Coment. sobre las Ep. á los Cor. p. 637), no podemos separarnos de la opinión antigua, que reposa sobre las explicaciones positivas de san Pablo, y sobre las circunstancias que acompañaron al establecimiento de las primeras iglesias cristianas. Véase á *san Juan Crisóst.* Hom. 29 y 34 sobre I Cor. y especialmente *Dieringer*, loco citato, t. II, p. 394-422.

² I Cor. XII.

³ I Cor. XIII.

⁴ Cor. XI, 20; Act. II, 46.

⁵ I Cor. XI, 20-34.

⁶ Santiago, v, 14-16.

⁷ *Just. martyr.* Apol. loc. cit. 65-67.

⁸ Rom. XVI, 16; I Cor. XVI, 20.

También *ayunaban* los fieles, especialmente cuando trataban de emprender algun negocio importante¹.

Por lo que toca al *tiempo* propio para estas asambleas, había enseñado el Apóstol á los Cristianos que todos los días debían ser igualmente santos para ellos; lo cual no excluía la celebración solemne de ciertos días mas importantes en la obra de la redención². En la Iglesia madre de Jerusalem se celebraba también el día del sábado. En Antioquía, los Cristianos nacidos Paganos celebraban con especialidad el domingo en memoria de la resurrección de Jesucristo³. Siendo la resurrección y la pasión de Nuestro Señor los puntos fundamentales de la fe cristiana, los Cristianos nacidos judíos agregaban á la santificación del sábado la del domingo, no tardando en sustituir la una con la otra. No deja de ser verosímil que se celebrase la Pascua en los tiempos apostólicos, siquiera no se halle demostrado en el pasaje de san Pablo, I Cor. v, 7.

§ LVII.

La disciplina.

Wette, Concordancia entre la doctrina y la disciplina de la Iglesia católica. (Tub. O. Schr. ann. 1836, p. 371 y 366).

La infidelidad de los Cristianos, de los cuales no todos correspondían á su sublime vocación imitando á Jesucristo, exigió desde muy temprano ciertos reglamentos particulares. La autoridad instituida por Jesucristo para enseñar y gobernar su Iglesia, no solamente debía arreglar el culto en las asambleas religiosas, sino también vigilar á cada cristiano en su dirección moral, excluyendo de la comunidad al que pecaba muy gravemente, el cual no podía ser reintegrado sino despues de pruebas evidentes de arrepentimiento y de enmienda⁴. Esta excomunión se encontraba ya en el Judais-

¹ I Cor. VII, 5; cf. Mat. XVII, 20.

² Gál. IV, 9; Col. II, 16; cf. Rom. XIV, 5.

³ Act. XX, 7; I Cor. XVI, 2; Apocalip. I, 10; *Ignat.* Ep. ad Magnes. IX.

⁴ Cf. I Cor. V, 4, y II Cor. II, 6, 11; Mat. XVIII, 17.

mo¹. También se usaba de la misma severidad contra los que negaban ó alteraban alguna parte de la doctrina cristiana². Transmiteda por los Apóstoles, asistidos del Espíritu Santo, y por lo mismo infalibles, esta doctrina era considerada como la *pura doctrina de Jesucristo*, y de consiguiente la sola verdadera, sagrada y santificante como la *palabra de Dios*, la sola santa, eterna é inmutable. Es un singular desprecio y un deplorable error juzgar los tiempos apostólicos segun el espíritu de los tiempos modernos, y pretender que los partidarios de la doctrina de Cristo apropiaron desde un principio á sus miras propias é individuales la palabra que recibieron de su Maestro, desarrollándola ó restringiéndola segun su capricho.

Los Apóstoles reclamaban enérgicamente la mas completa sumision en materias de fe, y el acuerdo de todos los miembros de la Iglesia en la *doctrina única* de la verdad³. Si alguno, aunque fuese un Ángel del cielo, enseña otra doctrina, sea anatematizado⁴. Huid del que sea hereje, despues de amonestarle dos ó tres veces. Con estas graves palabras, animados de este profundo espíritu, combatian los Apóstoles así por la autoridad de la palabra de Dios, como por la estabilidad de la Iglesia y por la realización de su sublime objeto. Toda sociedad religiosa se ve necesariamente perturbada, desde que se dividen las opiniones de sus miembros: así es que teniendo la Iglesia su verdadero fundamento en la unión por medio de la fe, vacila y se conmueve en cuanto que esta unión se halla amenazada. Sin embargo, supuesto que ha sido prometida á la Iglesia de Jesucristo una especial asistencia contra el poder del mal, no pueden nacer herejías en su seno sin un especial decreto de la Providencia, y por lo mismo deben redundar en su provecho; pues al paso que ex-

¹ *Vitringa*, de Synagoga vetere. Francfort, 1696. *Winer*, Vocabul. de los nombres y de las cosas bíblicas, t. I, p. 136. *Jahn*, Archaeol. bibl. p. II, t. II, p. 349, sobre la triple excomunion.

² I Tim. I, 20.

³ Es necesario atender aqui á los pasajes siguientes: I Tim. VI, 3; II Tim. I, 12-14; IV, 3; I Cor. I, 10; Gál. I, 6-9; Efes. II, 21; IV, 14-16; Tit. III, 10; I Cor. XI, 18, 19; II Tes. II, 14, 15; II Pedro, II, 1, en los cuales la oposicion está muy marcada.

⁴ Gál. I, 8, 9.

perimentan y ponen de manifiesto la fidelidad de los unos, demuestran que los otros no pertenecen verdaderamente á la Iglesia¹.

¹ I Juan II, 19; cf. Luc. II, 34, 35.